

Como al Leviatán del Génesis

Presina Pereiro

La alarma del smartphone le advirtió que había concluido aquella larga noche de insomnio, una noche gastada revolviendo recuerdos, analizando el hoy y presintiendo miedos; sobre todo miedos; miedos tan absurdos como el que provocaba el Leviatán del Génesis en el medievo, miedo atávico al regreso de *otros tiempos*, a que la historia fuese tan cíclica como avisó Toynbee.

Desechó los recelos, no tenían cabida bajo la burbuja que protege a la vieja Europa. Eso quiso creer. Encontrar argumentos para justificarlo fue tarea sencilla: el bienestar de estado consolidado, las sólidas superestructuras, la equilibrante globalización, e incluso la coacción del recuerdo de anteriores desastres..., eran muchos, sí, y sin embargo, tertulianos, analistas, e incluso sus amigos hablaban de síntomas evidentes de crisis económica, ideológica, de seguridad, de crisis, crisis..., y a él le bastaba con mirar al pasado y constatar que los más crueles desastres suceden con el auge de los radicalismos que ahora pugnaban por florecer.

Trató de no dejarse angustiar por lo que aún solo era presagio, adoptar una *entente cordial* entre la fe ciega y los malos augurios, suponer que los dirigentes no permitirían situaciones irracionales y, sobre todo, que en esta sociedad tan avanzada la prensa servirla de cauce a peligrosos devaneos. Así debiera ser, así sería, la lógica y la razón de los creadores de opinión bastarían, en su caso, para cambiar la inercia.

Se sentó en la terraza de una cafetería, pidió un café y algún diario, uno cualquiera; leyó despacio cada titular, cada opinión, cada blog, cada editorial y dejó que el calor del café se escapase como hielo que se derrite bajo el cálido sol de primavera. Cerró los párpados, los titulares eran como destellos, fulgores quizá intencionados, quizá sin contrastar, quizá..., dudó del interés de tanta información, de tanta primicia, de tanto suceso esencial con validez exigua, con vigencia menguada, apenas el intervalo en que suceda otro, el siguiente. Dejó el diario sobre la mesa, temió que tantos rótulos sugestivos como un anuncio de rebajas de lencería, excesivas como el pecho de la estantería de Amarcord y efímeras como un charco en el desierto, terminarían por silenciar las ideas individuales. Recordó que en su pesadilla vivió la distopía de una sociedad de pensamiento silenciado..., y volvió a sentir temor, temor a que la libertad de expresión y el derecho a la información mal encauzados avasallaran el desarrollo de la reflexión individual y forjaran un espacio oscuro de opiniones oficiales... igual que hace tiempo.

Pagó el café, iba a caminar, a recapacitar sobre la ventaja de poseer tantos datos a cambio de prerrogativa de pensar, de ser.